El Señor le dá su gracia en mayor abundancia, y para hacérnoslo entender la santa Iglesia la llama en sus letanías Madre de la divina gracia: *Mater divinæ gratiæ*. Si respetuosamente consideramos lo que encierra el seno de María, verémos que es el Autor de la divina gracia, la inexhausta fuente de las gracias santificadoras del ángel y del hombre; y así salta á los ojos que está ella en plena posesion de todo el inmenso tesoro de las divinas gracias.

Es célebre aquella sentencia de San Gerónimo: *Cæteris per partes, Mariæ vero simul se tota infudit plenitudo gratiæ.* A los demás se dá por partes, pero en María se derrama entera la plenitud de la gracia. Es su propietaria, no como de una cosa de que ella misma sea orígen, sino como de un bien recibido: es la depositaria de este bien general del mundo confiado á su fidelidad: es la distribuidora de este caudal precioso, pues segun el comun sentir de los Santos Padres no recibimos gracia alguna de Dios, sino mediante su poderosa intercesion.

En cuanto al tesoro de la gloria, es necesario medirlo con el compás de la gracia, pues no es otra cosa que la misma gracia en su fruto y en toda su madurez, siendo en las almas la medida de la gloria la gracia de que se vieron enriquecidas. Razon pues sobra para decir que así como Dios puso á María en posesion de todo el tesoro de su gracia, púsola igualmente en plena posesion de todo el tesoro de su gloria. Y esto sin duda quiso indicar el *Apocalipsis* describiéndonos la maravilla de una mujer vestida del sol. Cualquiera adivina lo que ese sol significa. Cualquiera vé que es la gloria de María.

Resumamos las riquezas de la Doncella de Nazaret: posee al mismo Hijo de Dios que es el tesoro esencial, necesario, infinito y eterno de Dios su Padre, el cual habiéndole hecho este inefable regalo, nada pudo negarle del resto de sus bienes: *Quomodo cum illo non omnia illi donavit?* Ella es pues la persona mas rica que haya formado la diestra del Escelso. ¿Y quién será digno de la mano de esta Princesa? Tanta dicha estaba reservada desde la eternidad al Patriarca José.

Dios quiso hacerle con este matrimonio mas rico que todos los Santos de la Iglesia triunfante y militante, no habiendo la mas mínima duda en que son del esposo los bienes de la esposa.

Pero la principal y mas preciosa dote de su matrimonio es poseer el corazon de María. ¿Y quién dirá la abundancia de inestimables riquezas, que acumuló en aquel endiosado corazon la ternura del Dios de quien es hija, madre y esposa? Oigamos á San Bernardino de Sena acerca de la comunicacion, ó mejor dicho, indibisibilidad de bienes de los amantes corazones de San José y María: *Quia omnia quæ uxoris, sunt etiam viri, credo, quod Beatissima Virgo totum thesaurum cordis sui quem Joseph recipere poterat, illi liberalissime exhibebat:* Siendo justo que pertenezca al marido cuanto posee la mujer, creo firmemente que la Vírgen Santísima comunicaba á José todos los tesoros de su corazon. Cuanto mas nos engolfamos en este mar inmenso de las grandezas de José y de María, vemos salir nuevos torrentes de luz que ofuscan nuestra vista; no pueden resistirla los ojos, y es preciso cerrarlos y guardar profundísimo silencio para meditar en ellos con mayor recogimiento.

CAPÍTULO XIII.

Quien hubiese visto con los ojos de la carne lo que se obraba invisiblemente cuando el arcángel San Gabriel pronunció estas palabras: *Ave gratia plena, Dominus tecum:* confesaria que en el curso de los siglos no ha habido un dia

tan admirable y prodigioso, pues como era el de la magnífica entrada de la gracia en este mundo, de donde la habian desterrado desde un principio el pecado y el demonio, en comparacion suya es sombra vana el triunfal ingreso de un vencedor en la ciudad conquistada. Tres personas augustas la traian en triunfo: un ángel que la anunciaba, una vírgen que la recibia y un Dios que la poseia: el ángel la traia en los labios, la Vírgen la recibia en su seno, y en su corazon la llevaba el mismo Dios cual tesoro inexhausto.

Bajo la apariencia de un cuerpo humano y bajo la forma de un bellísimo jóven, entró el arcángel Gabriel en la habitacion de la Vírgen, y hallóla sola y en oracion. Figuraos la sorpresa de una Vírgen tan pura al verse sola con un jóven. Pero era un embajador del cielo, un representante de la Santísima Trinidad; y como los embajadores se rodean de magnífica pompa proporcionada á la grandeza del príncipe que los envia, este que venia de parte del soberano Monarca del universo, se revistió de tal belleza y majestad, que la augusta Doncella conoció que no era aquel un hombre de la tierra, sino un príncipe de la corte celestial, y escuchó al embajador del Altísimo como hubiese escuchado al mismo Dios.

Su coloquio con él fué purísimo y elevadísimo; penetrando sus ojos al través del cuerpo artificial que el ángel se habia formado como al través de un espejo, veian claramente la sustancia espiritual del ángel, como nos lo asegura San Atanasio, y así estaba cierta de que hablaba con un espíritu. No se turbó la Señora con la vista, sino con la palabra del ángel: el Evangelio se espresa de un modo terminante: *Turbata est in sermone ejus;* la palabra era quien la hacia temblar, y no la del ángel, sino la de Dios, el Verbo eterno, cuya majestad descubria en la embajada de Gabriel, anunciándola este que concebiria en sus entrañas al adorable Verbo: turbábanla su humildad y su pureza.

Por una parte su humildad profundísima es causa de su turbacion, pues se juzga la última y la mas indigna de las criaturas: asústase y tiembla al oir que será madre del que es el esplendor de la infinita gloria de Dios-Padre; porque nada

confunde al humilde tanto como la elevacion, así como para conturbar á un soberbio, tiene la humillacion una eficacia irresistible. ¡Oh Dios mio! ¡Cuán lejos estoy de ser verdaderamente humilde, pues me regocijo siempre que se me honra algun poco! Y una elevacion tan santa y tan divina estremece á la Madre de Dios.

Túrbala por otra parte su virginal pureza, que para siempre y con voto ha consagrado á su Dios: la estima mas que á su vida, y así al oir que será madre, tiembla por su virginidad. Ni basta para tranquilizarla decirle que será madre de Dios, pues si para serlo fuese preciso perder su preciosa virginidad, renunciaria aquella dignidad sublime. En vano le dice el ángel: «No temais, María, habeis hallado gracia delante del Señor, concebiréis y daréis á luz un hijo á quien llamaréis Jesus, y será el Hijo del Altísimo que ha de reinar eternamente:» que esta inmensa gloria de ser madre del Hijo del Altísimo no calma su turbacion, tiembla por su virginidad y replica al arcángel «¿cómo se hará esto, pues yo no tengo comercio con ningun hombre, ni quiero tenerlo nunca?» Y no se tranquiliza, ni dá su consentimiento hasta que el ángel le asegura que todo será obra del Espíritu Santo.

¡Oh vírgenes cristianas, que teneis á Jesus por vuestro único esposo, ó hijas de familia, ó virtuosas matronas, que mirais á María como el honor de vuestro sexo y empleais la ternura de vuestros corazones en amarla, teniéndola por madre, jamás perdais de vista este admirable ejemplo: su humildad y su pureza la hacen estremecer á la presencia de un ángel. ¿Cuál no seria la estimacion, que hiciese de estas virtudes? ¡Qué celo, qué amor, qué fidelidad la suya en conservarlas! Estas fueron segun San Bernardo las que en ella fijaron los ojos del Altísimo, mereciéndole la divina maternidad: *Virginitate placuit, humilitate concepit.*

Conocerémos la infinita importancia de este mensaje, si consideramos que no se trata de los intereses de un rey de la tierra y de todos sus vasallos, sino de todos los reyes del

orbe y de todos los vasallos que de ellos dependen, y no solo de los que viven en un siglo, sino de cuantos han existido y existirán desde la creacion del mundo hasta el último dia. El negocio pendiente no es un bien temporal, ó un honor pasajero, ó una vida perecedera, sino un bien ó un mal infinito, una honra, ó una infamia perpétua, y una vida ó una muerte eterna.

Los ángeles están sumamente interesados, pues el éxito venturoso de esta embajada hará que los hombres hermanados con ellos ocupen en el cielo las radiantes sillas, que dejaron vacias los querubines rebeldes. Dios mismo tiene en ella un interés vivísimo, pues de esta negociacion depende el que se repare su esterna gloria ingratamente ofendida por la criatura; el que se establezca una paz general y duradera entre el cielo y la tierra, entre el Hacedor y la humana naturaleza; el que estas partes beligerantes desde el principio del mundo, apagada la tea de su discordia, contraigan un matrimonio admirable que haga de ellas una misma persona, formando tan estrecha, tan fuerte y santa union que ni la vida ni la muerte puedan separarlas. A esta mision del ángel están vinculadas la dicha eterna de los hombres, el complemento de la felicidad de los espíritus celestiales y toda la gloria que Dios recibe de sus criaturas.

El cielo busca á María: el mensajero es un arcángel, y el mismo Rey de omnipotente majestad dirige esta inefable empresa: mientras él habla á su enviado, los tronos y las dominaciones han entrado en un éstasis de admiracion, y todas las inteligencias celestiales guardan silencio profundo y respetuoso.

Volad, Gabriel, atravesad el inmenso espacio que media entre los cielos y la tierra, llevad á la Vírgen María las nuevas de nuestro consejo: la hallaréis en la pequeña ciudad de Nazaret; estrecho es el cerco de sus murallas; la casa donde habita es pequeña; suya es empero la grandeza del reino de los cielos: id á decirle que se ha decretado que ella será la madre del Hijo de Dios.

En el momento que el arcángel recibe comision tan honorífica, inflamado de santo celo, pero temblando al peso de la grandeza del mandato, prepárase á ejecutarlo: se reviste de las apariencias de un cuerpo humano; se engalana con magnificencia, belleza, majestad y resplandores, y traspasa los cielos con vuelo rapidísimo y entra en la reducida habitacion de la Santísima Vírgen.

No hizo á la Señora un largo discurso lleno de cumplimientos humanos, porque no debia hablarle sino de los arcanos de la Divinidad: no le hizo una ámplia esposicion del misterio que le anunciaba (el cual despues de su cumplimiento tanto ha ejercitado la elocuencia de los Santos Padres) porque hablaba á la Madre de la divina sabiduría, á quien la Iglesia llama Vírgen prudentísima, á la que entendia el lenguaje de Dios, que consiste en una sola palabra.

El Eterno habia compuesto la arenga de su embajador, y el arcángel que la recibiera con sumision humilde, la pronunció saludando á María con respeto profundo: *Ave gratia plena, Dominus tecum.* Nada añadió, nada mudó, y como no esponia sus propios pensamientos, no pronunció palabras de su invencion, sino las del Omnipotente que le enviaba y hablaba por su boca.

Tal es el orígen del *Ave María.* Esta salutacion angélica es grande y admirable en demasía. Breve en las palabras, pero profundísima en su sentido é inteligencia, que encierra todos los secretos del misterio de la Encarnacion: de tan noble orígen que la concibe el corazon de Dios, un ángel la publica y la recibe la Madre del mismo Dios: de tan poderosa virtud que hace temblar á los demonios, consuela á los ángeles santos y renueva en el corazon de la Vírgen nuestra Señora el regocijo que le causó verse hecha madre de Dios. Es para la Iglesia tan gloriosa que leyéndola en el mismo Evangelio en que lee el *Padre nuestro* que es la oracion compuesta por el mismo Jesus, le profesa la misma estimacion y respeto, y repitiéndola continuamente, propónese imitar el sempiterno cántico que se canta en el cielo á la Majestad divina, repitiendo incesantemente Santo, Santo, Santo: *Incessabili voce proclamant, Sanctus, Sanctus, Sanctus*

Dominus. ¿Nó parece que la Iglesia militante responda con otro coro á la triunfante, cuando sin cesar repite: Ave María, Ave María, Ave María?

Sabemos cuando se verificó este asombroso misterio, pues principiaron á contarse los años desde el inmaculado parto del portalito de Belen, y la Iglesia cree que fué el veinticinco de Marzo, porque en tal dia celebra la fiesta de la Anunciacion. Dice San Atanasio que fué muy de mañana hacia la hora en que se cantan maitines, para que el dia de la gracia principiase cuando comienza el de la naturaleza, y por ser aquella la hora en que nuestra alma suele estar mas tranquila y mejor dispuesta á hablar con Dios en la oracion. Y San Bernardo repite que la Santísima Vírgen estaba encerrada en su cuarto para no ser interrumpida en su oracion, ó en la lectura de los libros santos que la ocupaba continuamente: *Ne orantis perturbaretur silentium.*

El arcángel Gabriel no llamó á la puerta para que se le abriese, sino que entró penetrando las paredes cual ángel vestido de sutil cuerpo y ágil como los espíritus; entró en silencio y con humildad, no habiendo venido á mandar sino á pedir el consentimiento de la divina Amante. ¿Y nó os parece maravilla el qne la majestad de Dios le envie uno de los primeros príncipes de la corte celestial á preguntarle si quiere consentir en el matrimonio de la naturaleza divina con la humana, que en su seno desea efectuar? ¡Ah! ¿Era preciso que para esto pidiese y esperase su consentimiento? Al modo que formó el cuerpo de la primera mujer, sacándola de una costilla del hombre, sin que este lo advirtiera, ¿nó podia hacer que la Vírgen concibiese sin quererlo y aun sin advertirlo?

Lo podia; mas la infinita majestad del Escelso, no contenta con humillarse hasta nuestra humana naturaleza, quiso para ello requerir el consentimiento y como pedir licencia á su criatura. ¡Oh bondad! ¡Oh ejemplo de sumision maravillosa! ¿Nó bastaba, Señor, que hicieseis á María la honra de elegirla por vuestra madre? Exigís su consentimiento á fin de que siéndole libre, le sea meritoria la obra de vuestra misericordia infinita y de vuestra omnipotencia igualmente infinita. ¡Oh divina, inefable bondad! ¡Oh altísima honra! ¡Oh fortuna! ¡Oh gloria! ¡Oh mérito incomparable de la Doncella delicia de vuestros ojos! San Bernardino de Sena cree que mereció ella con solo este consentimiento de su voluntad mas que los hombres todos y todos los ángeles juntos con todo lo que hagan, digan ó piensen de mas santo en todos los dias de su vida.

Parece que la Vírgen no tenia necesidad de haber deliberado tanto para resolver sobre un negocio de tamaña importancia; oid sin embargo como le habla San Agustin; y San Bernardo, San Fulgencio, San Lorenzo Justiniano y otros muchos Padres le dirigen casi las mismas palabras animadas de sentimientos muy semejantes. «Responded, Vírgen Santa, le dicen, dad vuestro consentimiento al ángel que os lo pide de parte de Dios, y que lo espera para llevárselo. Dad una respuesta favorable á la salud del género humano, que á vuestras plantas suspira embriagado con la hiel de su inmenso infortunio: decid una sola palabra; con una sola palabra podeis consolarle, ó Santísima Vírgen, vos que sois la esperanza de todos los siglos: llegado es el tiempo: en vuestras manos está el consuelo de los afligidos: todos los ojos están vueltos y clavados en vos y os solicitan con sus lágrimas; misericordia se os pide de todos los ángulos del universo donde hay criaturas racionales, misericordia del limbo, de la tierra y hasta del cielo; á vos se clama con un mismo grito, se ruega con una misma vehemencia y se suspira con un mismo deseo; hablad, oráculo de salvacion, responded á la demanda del embajador arcángel; dad el consentimiento que el cielo, la tierra, los ángeles y los hombres, las criaturas y el Criador os piden; decid una sola palabra y derramaréis por do quiera la salud y la alegría.

Mirad al Hijo único de Dios pronto á salir del seno de su Padre, esperando á la puerta de los cielos para entrar regocijado en vuestro seno virginal en el instante que hayais con-

sentido. Mirad á vuestro primer padre Adan, mirad á todos los Patriarcas de los siglos pasados y á los reyes que fueron vuestros abuelos, mirad á todos vuestros parientes, los hijos de nuestro primer padre que todos están desolados porque se les veda la entrada en el reino de la gloria, si vos no les abrís la puerta con una respuesta favorable. Hablad pues, Vírgen bendita, dad cuanto antes vuestro consentimiento al arcángel que está esperándolo para alegrarse con los ángeles y con los hombres; consentid en ser madre de Dios y á todos los haréis hijos de Dios.

¿Por qué os detenéis pensativa? ¿Reflexionais para deliberar, mientras todos los séres están suspensos esperando cuál será vuestra resolucion? ¿Qué esperais? ¿Qué temeis? ¿Nó habeis oido que no seréis madre sino por obra del Espíritu Santo, sin el mas leve menoscabo de vuestra virginal pureza? ¿Cómo teme la que ha hallado gracia delante del Señor? Decid una palabra, y Dios os dará su eterno Verbo, su único Hijo, de quien seréis amorosa madre.»

Consolaos, míseros mortales, desterrad la tristeza, enjugad vuestras lágrimas, saltad de gozo y embriagaos de alegría: derramad vuestros corazones cantando y repitiendo mil veces *Alleluya:* María ha dado su consentimiento, y vosotros tendréis un Salvador, tendréis un Hombre-Dios, tendréis todos la dicha de emparentaros con Dios que será vuestro hermano, tendréis la honra de ser sus hijos, y por fin tendréis la gloria de ser sus coherederos en el reino de su celestial Padre y poseedores de su gloria en la eternidad, y todo esto lo habeis adquirido por el consentimiento que acaba de dar María para ser madre de Dios. ¿Y con qué os manifestarémos, ó Madre, nuestra gratidud por lo infinito que os debemos? ¿Y nó pide rigurosa justicia que os seamos devotísimos por siempre y sin reserva, y que todo nuestro corazon y toda nuestra alma no viva, no aliente, no respire sino en vos y para vos?

Las palabras que dijo al ángel la Santísima Vírgen fueron estas: *Ecce ancilla Domini; fiat mihi secundum verbum tuum:* Hé aquí, Señor, vuestra humilde esclava, hágase en mí segun vuestra palabra. Pronunciábalas arrodillada en tierra, con el corazon, las manos y los ojos levantados al cielo. ¡Oh respuesta maravillosa! !Oh poderosas palabras! ¡Oh profundidad de los misterios que encierran!

CAPÍTULO XIV.

Vé María un ángel que viene á saludarla de parte del soberano Monarca del universo, y la honra infinitamente llamándola llena de gracia, es decir, de belleza, de santidad y perfeccion hasta el punto de que enamorado el mismo Dios de su hermosura, quiere bajar á su seno y la elige por su madre, que es la mas alta dignidad á que le es dado levantarla; y ella desde tamaña altura se abisma en las profundidades de su humildad y responde al ángel: *Ecce ancilla Domini:* Yo no soy mas que una esclava del Señor. Quiso el soberbio querubin ser el primero en la casa de Dios semejante al Altísimo, y su ambicion le hizo el último de los séres y el mas desemejante á Dios. La Santísima Vírgen por el contrario responde á Gabriel que ella es la esclava, esto es, la última de la casa; y su humildad la eleva á ser la madre, es decir, la primera y tan semejante al Altísimo que la ha formado á su semejanza: *Merito facta est novissima prima, quæ cum prima esset, omnium se novissimam faciebat,* dice San Bernardo.

La Vírgen añade luego: *Fiat,* que en nuestra boca significaria un deseo y una plegaria, pero en la suya parece que Dios haya querido que fuese una palabra de autoridad, de mandato, y de tan gran poderío que muchos Santos Padres,